



**Discurso de clausura de Su Excelencia Mons. Gabriele Caccia,
observador permanente de la Santa Sede ante las Naciones Unidas,
en el congreso "La construcción católica de la paz en tiempos de
crisis: esperanza para un mundo herido"**

Participación virtual, 23 de junio de 2022.

Queridos participantes:

Confío en que los últimos días les han permitido aprender a los unos de los otros de sus diversas experiencias buscando construir la paz en el mundo. Aunque los retos de hoy son abrumadores, reuniones como esta —y los fructíferos intercambios que producen— ayudan a sembrar las semillas de la paz futura.

Me gustaría, en primer lugar, agradecer al profesor Jerry Powers su labor como coordinador de la Catholic Peacebuilding Network, así como a los demás co-organizadores, por invitarme a decir unas palabras: sus esfuerzos incansables enriquecen nuestra comprensión sobre cómo podemos construir la paz desde la tradición católica.

Retos para la paz

Como subraya el título de esta conferencia, vivimos en tiempos de crisis, los cuales no habíamos visto desde hacía casi tres cuartos de siglo. Una cadena de conflictos a lo largo de África, desde el Sahel hasta el Cuerno de África, han detenido y revertido avances en el desarrollo con indecibles sufrimientos. En Oriente Próximo, millones siguen sufriendo en Siria y Yemen, con más gente necesitada desde que esos conflictos comenzaron. Por último, en el sureste asiático, un conflicto generalizado ha vuelto a Myanmar, tras el golpe de Estado del año pasado, afectando a avances democráticos alcanzados en la década pasada y elevando el riesgo de violencia intercomunitaria.

En una reunión de la Comisión de Consolidación de la Paz de la ONU, celebrada en marzo, el secretario general António Guterres señaló que el mundo está "afrentando el número más alto de conflictos violentos desde 1945", con dos mil millones de personas —un cuarto de la humanidad— viviendo en zonas afectadas por los conflictos¹. Ante semejantes estadísticas, podemos estar fuertemente tentados a apartar la mirada de tanto sufrimiento y renunciar a la búsqueda de la paz.

No nos preocupan solo los conflictos activos. A pesar de la necesidad de responder a problemas globales de naturaleza transnacional —como la pandemia de covid-19, el cambio climático y la migración—, los Estados continúan inyectando sumas ingentes de dinero a sus ejércitos. Según una estadística, en 2021 fue la primera vez en que los gastos militares de todo el mundo superaron los 2 billones de dólares². En un momento en que más de 274 millones de hermanos y hermanas nuestros necesitan asistencia humanitaria, semejante gasto militar roba comida a los hambrientos y cobijo a los que padecen frío³.

En ningún ámbito la acumulación militar del mundo es tan preocupante como en el de las armas nucleares. Si bien los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU reafirmaron en enero el principio Reagan-Gorbachov de que "una guerra nuclear no puede ser ganada y nunca debe suceder", sus acciones no coinciden con su retórica. Lejos de reducir su dependencia de las estrategias de disuasión nuclear, los cinco miembros permanentes se han visto envueltos en una carrera armamentística para modernizar y, en algunos casos, expandir sus arsenales. A diferencia de los tiempos de la Guerra Fría, cuando estos temas despertaban mucha atención en la sociedad civil y en el público en general, la nueva carrera armamentística se desarrolla en relativo secreto, aislando a los que toman las decisiones de presiones, permitiéndoles así adoptar políticas de represión nuclear.

Y, como si estas crisis no bastaran, hemos visto el retorno a Europa de una guerra entre Estados en toda forma, un fenómeno que creíamos ya parte de la historia. En los primeros días del conflicto en Ucrania, cuando el Consejo de

¹ Secretario general de la ONU António Guterres, "Remarks to the Peacebuilding Commission on the Report on Peacebuilding and Sustaining Peace" (Observaciones a la Comisión de Consolidación de la Paz sobre el reporte de consolidación de la paz y paz sustentable), 30 de marzo de 2022,

<https://www.un.org/sg/en/content/sg/speeches/2022-03-30/remarks-peacebuilding-commission-report-peacebuilding-and-sustaining-peace%C2%AO>. Traducción nuestra.

² https://www.sipri.org/sites/default/files/2022-04/milex_press_release_esp.pdf

³ <https://gho.unocha.org>

Seguridad no respondió de manera eficaz debido al recurso al veto, no pocos de mis colegas embajadores se preguntaban seriamente si las Naciones Unidas no seguirían el mismo camino que la Sociedad de las Naciones, al haber fallado en su misión principal de "preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra"⁴. De hecho, la cuestión merece nuestra atención, ya que la guerra corre el riesgo de activar conflictos congelados durante mucho tiempo en una paz negativa y plantea el espectro de una escalada nuclear.

En medio de este conflicto ya extendido, del crecimiento del gasto militar y del riesgo creciente de una guerra nuclear, un último reto nos interpela: la apatía ante los males del mundo promovida por los medios de comunicación nacionales, los cuales nos invitan a mirar solo hacia dentro, ajenos a los retos comunes que enfrenta la humanidad. El papa Francisco habla de esa "indiferencia" en su carta encíclica *Fratelli tutti*, notando que "En el mundo actual los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan, y el sueño de construir juntos la justicia y la paz parece una utopía de otras épocas"⁵. Como constructores de paz, esta apatía significa que debemos trabajar no solo por involucrar a las partes en conflicto, sino también por crear conciencia entre las personas y entre quienes elaboran las políticas de que el conflicto de nuestros días tiene implicaciones globales y nos afecta a todos.

Habiendo ya examinado los retos para la paz que enfrentamos en todo el mundo, me gustaría fijarme ahora en la visión de la paz que tiene la Santa Sede, incluido el papel que juegan las instituciones internacionales, como las Naciones Unidas.

Hacia una paz justa y positiva

En su discurso de Año Nuevo de 2020 a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, el papa Francisco declaró que "La paz y el desarrollo humano integral son de hecho el objetivo principal de la Santa Sede en el ámbito de su tarea diplomática"⁶. El que Su Santidad utilice el singular "objetivo" en su formulación, es algo bastante inteligente, ya que refleja cómo,

⁴ Carta de las Naciones Unidas: Preámbulo, <https://www.un.org/es/about-us/un-charter/preamble>.

⁵ Papa Francisco, carta encíclica *Fratelli Tutti*, 3 de octubre de 2020, https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html, 70.

⁶ Papa Francisco, discurso a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, 9 de enero de 2020, https://www.vatican.va/content/francesco/en/speeches/2020/january/documents/papa-francesco_20200109_corpo-diplomatico.html.

de acuerdo con la Doctrina Social de la Iglesia, la paz y el desarrollo no pueden verse como actividades distintas, pues son las dos caras de una misma moneda, procesos que se refuerzan mutuamente.

De hecho, la constitución pastoral del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo moderno, *Gaudium et spes* (Gozo y esperanza), describe la paz como un proceso, entrelazado con el "bien común de la humanidad". Añade que la paz jamás es una cosa del todo alcanzada, sino un constante quehacer, dado que las exigencias concretas de este bien común cambian constantemente con el paso del tiempo⁷. Además de vincular la paz al bien común, *Gaudium et spes* subraya que la paz nunca puede separarse de la justicia, la cual "Es el fruto del orden plantado en la sociedad humana por su divino Fundador"⁸. En este documento tenemos los bloques con que la Santa Sede construye su visión de la paz, esto es, la búsqueda simultánea del desarrollo humano integral y de la justicia.

Adquirir una paz positiva basada en la justicia y el desarrollo está más allá de la capacidad de cualquier Estado, sin importar cuán poderoso este sea. Como bien sabemos, una paz negativa, impuesta por la fuerza, no puede ser duradera, incluso si favorece el desarrollo, ya que esa paz a menudo contribuye a agravios que son la base de futuros conflictos. A pesar de los cambios en las relaciones internacionales durante los últimos tres cuartos de siglo —que muestran cómo cada vez son más importantes los actores armados que no forman parte del Estado, las organizaciones no gubernamentales y las corporaciones multinacionales—, los Estados siguen siendo los principales actores en el escenario mundial y, por lo mismo, tienen la llave para evitar todo tipo de conflictos. Para avanzar hacia esta meta, los Estados deben actuar de forma concertada, prefiriendo la cooperación a la competencia.

Por supuesto, nuestra principal esperanza para dicho progreso se encuentra en las Naciones Unidas, a pesar de sus limitaciones. Los cuatro pilares de la Organización —paz, derechos humanos, desarrollo y estado de derecho— claramente están en línea con el objetivo de la Santa Sede de una paz justa y un desarrollo humano integral. *Gaudium et spes*, una vez más, se revela útil aquí,

⁷ Cf. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html, 78.

⁸ Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html, 78.

ya que sostiene que la eliminación de la guerra se basa en "el establecimiento de una autoridad pública universal reconocida por todos, con poder eficaz para garantizar la seguridad, el cumplimiento de la justicia y el respeto de los derechos"⁹. Debido al limitado historial de la organización en 1965, causado en parte por las tensiones bipolares de la Guerra Fría, la constitución pastoral no menciona a la ONU por su nombre; sin embargo, fue alrededor de ese tiempo que la Santa Sede se involucró por primera vez en la organización como observador, con mi predecesor, Mons. Alberto Giovannetti.

La influencia del papa san Juan XXIII, antiguo miembro del cuerpo diplomático, en la decisión de la Santa Sede de participar en la ONU no debe subestimarse, aunque murió nueve meses antes de que se estableciera la Misión de Observadores. En su carta encíclica de 1963, *Pacem in terris*, Juan XXIII habló de la creación de la ONU, alabándola por aprobar la Declaración Universal de los Derechos Humanos, a la cual vio como "un primer paso introductorio para el establecimiento de una constitución jurídica y política de todos los pueblos del mundo", la cual derivaba de la dignidad de la persona humana¹⁰. Junto con este elogio, Juan XXIII también subrayó la necesidad de reforma, deseando "vehementemente" que la ONU "pueda ir acomodando cada vez mejor sus estructuras y medios a la amplitud y nobleza de sus objetivos"¹¹. Los posteriores pontífices volverían sobre este tema, reconociendo que la ONU necesita reformarse constantemente para cumplir su misión.

En ninguna esfera de su competencia la ONU ha puesto en marcha una reforma más grade que en aquella de dirigir operaciones para mantener la paz y consolidarla. Estas reformas han ayudado a acercar a la ONU a la visión de la Santa Sede de consolidar la paz con el objetivo de proteger a los civiles, promover los derechos humanos y construir el estado de derecho. A diferencia del tiempo de la Guerra Fría, cuando las operaciones de la ONU para consolidar la paz se limitaban a detener los conflictos a través de una paz negativa, hoy las misiones multidimensionales para consolidar la paz tienen una visión más

⁹ Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html, 82.

¹⁰ Papa Juan XXIII, carta encíclica *Pacem in terris*, 11 de abril de 1963, https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_11041963_pacem.html, 143-145.

¹¹ Papa Juan XXIII, carta encíclica *Pacem in terris*, 11 de abril de 1963, https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_11041963_pacem.html, 145.

amplia de los conflictos, reconociendo que la paz no puede separarse del desarrollo y la justicia.

Por supuesto, a la ONU, como organización grande y burocrática, le llevó tiempo implementar estos cambios, los cuales se dieron después de grandes fracasos en misiones de consolidación de la paz hacia finales del siglo pasado. En muchos casos, la ONU actuó meramente como un garante de la consolidación de la paz realizada por organizaciones no gubernamentales. Como ejemplo, me viene a la memoria una asociación católica de laicos que estaba involucrada en proveer servicios sociales y de caridad en una zona de conflicto. Esta actividad hizo que la asociación se convirtiera en un interlocutor confiable, permitiéndole hacer posible el encuentro y el diálogo entre las partes en conflicto. Esto, a su vez, condujo a un resultado pacífico de la negociación. Este ejemplo está en línea con la ética de la solidaridad definida por el papa san Juan Pablo II como "determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno"¹².

La reforma del pilar de la paz ha mejorado la capacidad de la ONU para responder a situaciones frágiles en todo el mundo. Más importante en relación con esto es la creación de la Comisión de Consolidación de la Paz en 2005, que reúne a los Estados miembros de los tres órganos principales de la ONU, así como a actores no estatales involucrados en la consolidación de la paz postconflicto y en la prevención de conflictos. Como parte de su mandato, la Comisión de Consolidación de la Paz promueve un enfoque integral que tiene en cuenta la relación entre seguridad, desarrollo y derechos humanos. Al romper las barreras burocráticas que separaban el trabajo de la ONU en estas tres áreas, la Comisión tiene un grandísimo potencial para abordar las exigencias del bien común cuando busca promover la paz, permitiendo a la ONU complementar mejor la labor de organizaciones no gubernamentales involucradas en procesos de consolidación de la paz.

¹² Papa Juan Pablo II, carta encíclica *Sollicitudo rei socialis*, 30 de diciembre de 1987, https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30121987_sollicitudo-rei-socialis.html, 38.

¿Un futuro para la labor de consolidación de la paz de la ONU?

La misión de la Comisión de Consolidación de la Paz es hoy más necesaria que nunca. Además de una gran cantidad de conflictos activos, el actual panorama global presenta numerosos Estados frágiles y otros que se están recuperando de conflictos. Debido a la gran cantidad de crisis que hay en el mundo, muchas cuestiones relacionadas con la consolidación de la paz rara vez llegan a la agenda del Consejo de Seguridad. En cierta forma, es una bendición velada, pues las mantiene lejos de las diferencias irreconciliables entre los miembros del Consejo Permanente y que han sumido al mismo en la inacción ante importantes temas como Siria, Ucrania y Myanmar.

A pesar de los retos del Consejo de Seguridad, el sistema más amplio de la ONU ha reconocido la importancia y efectividad de la consolidación de la paz. Este año, el Secretario General ha puesto la meta de \$500 millones por año para ser distribuidos a través de su Fondo para Consolidación de la Paz —más del doble de lo que el fondo distribuyó el año pasado— y ha llamado a los Estados a aprobar la asignación de las contribuciones acordadas al fondo, lo cual hará que los esfuerzos para la consolidación de la paz cuenten siempre con los recursos necesarios. Este incremento de fondos, si se aprueba, ofrecerá muchas oportunidades para que la ONU colabore con otras organizaciones para la consolidación de la paz. Se ganará también un dividendo sustancial de paz, ya que las investigaciones muestran que cada dólar invertido en la consolidación de la paz reduce el costo de los conflictos en 16 dólares¹³. Este potencial nos da la esperanza de que, a pesar de los reveses, la ONU estará contribuyendo a construir la paz positiva en todo el mundo.

Si bien es fácil desanimarse debido a los inmensos retos de nuestros días, debemos consolarnos con el hecho de que las crisis enfrentadas por las generaciones anteriores, al final contribuyeron a un cambio positivo. Los horrores de la Segunda Guerra Mundial llevaron a la creación de la ONU misma y la amenaza de aniquilación nuclear puesta en evidencia por la Crisis de los Misiles en Cuba condujo a un sistema de control de armas y reducción de riesgo que ha mejorado la seguridad global, aunque a un nivel muy inferior del que

¹³ <https://www.visionofhumanity.org/measuring-peacebuilding-cost-effectiveness/>

hubiéramos deseado. Si bien puede llevar décadas, la respuesta poco coordinada a la pandemia de covid-19 y la falta de acción ante la guerra en Ucrania estimularán más reformas que pueden llevar a la ONU a estar más cerca de ser la "autoridad pública universal" concebida por la Doctrina Social de la Iglesia. Tales reformas, como señaló el papa Francisco, deben incluir cambios que hagan al Consejo de Seguridad más equitativo¹⁴. Esas reformas ciertamente deberían incluir una expansión en el número de miembros y límites sobre el poder de veto, si no es que su eliminación.

Con la reforma de la ONU como un trabajo siempre en progreso, en la que muchos de ustedes están empeñados, esta seguirá jugando un papel esencial en la construcción de la paz.

Para terminar, me gustaría reflexionar en la importancia de la solidaridad para la construcción de la paz. Todos recordamos cuando el papa Francisco se arrodilló para besar los pies de Salva Kiir, Riek Machar y otros líderes sudaneses durante un retiro en el Vaticano, para implorarles que se comprometieran con la paz, a pesar de las diferencias. Al hacerlo, Su Santidad nos dio un ejemplo a imitar para la construcción de la paz. Sin embargo, también tenemos que recordar que fue la labor paciente y discreta de una organización católica la que preparó el terreno para el retiro, permitiendo a la Santa Sede jugar un papel de constructora de la paz. Mientras el papa Francisco se prepara para visitar Sudán del Sur el próximo mes, para ver los frutos de la frágil paz conseguida, podemos nosotros seguir siendo conscientes del poder del diálogo y del acompañamiento para crear un espacio para la paz en medio de conflictos del mundo muy a menudo olvidados.

Gracias por su atención y especialmente por todo lo que hacen para construir la paz en el mundo.

¹⁴ Cf. Papa Francisco, discurso a los miembros de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, 25 de septiembre de 2015, https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/september/documents/papa-francesco_20150925_onu-visita.html.